

ORACION ENCOMIÁSTICA

QUE EL CIUDADANO

Manuel Gomez Pedraza

DIZO

el día 16 de setiembre de 1842,

ANIVERSARIO

DE LA GLORIOSA PROCLAMACION

DE LA

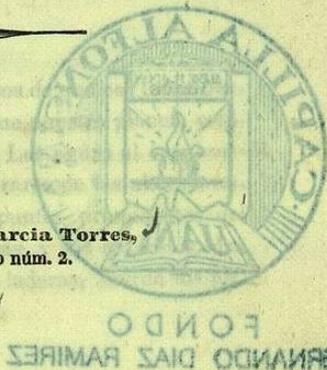
INDEPENDENCIA

EL AÑO DE 1810.

MEXICO.

Imprenta de Vicente Garcia Torres,
calle del Espíritu Santo núm. 2.

1842.



F 1232

G 652

G 5

Qui ne se sentirait vivement entraîné vers la gloire lorsqu'il aperçoit les images de ces hommes que leurs vertus ont rendus à jamais célèbres, lorsque ces images paraissent à ses regards comme vivantes, comme respirantes? Est-il au monde un plus beau spectacle?

POLYB. HIST. LIB. VI.



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

LOS acontecimientos que hacen mudar de faz á las naciones, merecen recuerdos perdurables. El del glorioso 16 de setiembre de 1810, entre nosotros, pertenece á esa categoría; y al celebrarlo no hacemos otra cosa que imitar el ejemplo de todos los pueblos de la tierra: los mexicanos en aquel día memorable, á la voz de un hombre resuelto y esforzado despertaron de un profundo letargo; tal como en el último día de los tiempos, las generaciones todas al llamamiento de un arcángel despertaran del sueño de la muerte.

¿Qué asunto mas grandioso, señores, podria ocupar hoy vuestra atencion? ninguno ciertamente; y si la importancia del argumento demandaba otro panegirista, no me culpeis al verme en este puesto, que no he solicitado: la junta patriótica me nombró para pronunciar la oracion encomiástica propia de esta solemnidad, y yo debí aceptar, porque seria mengua en un mexicano escusarse de contribuir á propagar las merecidas glorias de los patriarcas de nuestra independencia. Voy pues á cumplir con el deber que se me ha impuesto, invocando antes vuestra indulgencia.

La abundancia de productos marítimos de que por todas partes está sembrada la tierra, indica que nuestro planeta estuvo alguna vez cubierto por el oceano. Las aguas al evaporarse, al formar otras sustancias, ó al retirarse de las alturas, naturalmente dejaron descubiertos los puntos prominentes del globo. Las cumbres de las cordilleras y sus recuestos, las cimas de las montañas elevadas y sus laderas, fueron los pri-

meros terrenos que recibiendo las influencias atmosféricas quedaron aptos para la vegetacion y la vida.

La estructura geológica de nuestro continente, ofrece en su parte central llanadas inmensas, casi de tanta elevacion sobre el nivel de la mar, como los mas altos picos de la Europa meridional: parece pues fuera de duda, que una grande porcion de la América fué habitable mucho antes que la Europa entera, y que la mayor parte de la Africa.

Admitida esta hipótesis, no será absurdo creer que allá en tiempos remotos existieran en nuestro hemisferio algunos pueblos primitivos. Tal vez antes que de la Asia se desprendieran las hordas que poblaron estas regiones, alguna colonia egipcia, cartaginense, ó fenicia, fijó su residencia en nuestras costas del Atlántico, como lo hacen presumir las gigantescas construcciones del Palenque, muy análogas á las colosales ruinas de Balbek.

Sea de esto lo que fuere, inútil y ageno de mi propósito sería entretenerme en formar vanas conjeturas: ni tenemos, ni podemos tener una historia de la América antes del siglo XVI; lo poco que hay escrito sobre esta parte del mundo está envuelto en oscuridad inescrutable: no así despues de la conquista; de entonces acá la historia es clara y positiva, y por ella sabemos que engolosinadas algunas naciones europeas con las riquezas del nuevo mundo, enviaron parte de su poblacion á estos climas afortunados: esas gentes, con otras oriundas de la Africa, establecieron en distintos puntos pequeñas colonias, que reforzadas cada dia por una emigracion permanente, formaron al cabo numerosas congregaciones que á paso rápido se avanzaron hácia el estado varonil y fuerte de las sociedades organizadas.

México, envidiable por la fecundidad de su suelo, por la pureza de su cielo, por la diversidad de sus temperaturas, por la riqueza de sus montañas, y por su ventajosa situacion sobre los dos oceanos, debió ser la cuna de una colonia rica y floreciente, que con el transcurso del tiempo, y con la multiplicidad de sus elementos adquiriera el vigor y la fuerza necesarios pa-

ra emanciparse del dominio de la metrópoli: así sucedió; y á los trescientos años de existencia precaria, los mexicanos se presentaron en la arena á sostener sus incontestables derechos para figurar en el mundo político como nacion independiente y soberana.

Nada mas justo que semejante pretension; pero como los grandes intereses de las naciones rara vez ó nunca se avienen conforme á las reglas de la justicia, fácil era prever que el logro de la empresa costaria una guerra cruel y sangrienta, guerra de desolacion y de esterminio, como lo son todas aquellas en que se agitan las pasiones mas irritables.

Léjos de mí el bastardo pensamiento de hacer mérito de los horrores de la conquista para apoyar en ellos la justicia de la independencia: los títulos de los mexicanos á la emancipacion no necesitan fundarse en recuerdos históricos, pues que nacen de la naturaleza, cuyas leyes son inmutables. Los excesos cometidos en la América en el siglo XVI, añadieron una horrible página á la historia luctuosa de las conquistas; pero en buena crítica, tales excesos deben considerarse como un rasgo fisonómico de la raza humana, mas bien que como prueba de crueldad especial y característica de nuestros antepasados; y aunque es cierto que los procedimientos de los invasores del trono de Moctezuma fueron atroces, tales ha sido á poco mas ó menos los de todo conquistador, Cyro, Alejandro y Atila no fueron mas benignos que Géngis, Tamerlan, y Hernán Cortes.

Tampoco me ocuparé de bosquejar en este dia de no buenas, las escenas de inhumanidad que por espacio de once años mancharon nuestro suelo; y menos aspiraré á formar el odioso paralelo entre las cruentas represalias de los dos partidos beligerantes. La esperiencia y la filosofia me han enseñado á calificar los hechos de los hombres con cordura é imparcialidad. Los atentados de nuestra revolucion ni son nuevos en la historia, ni peculiares de determinado pueblo: la criminalidad de tales actos pertenece á la especie; y al moralista, no al orador, toca escudriñar los escondrijos del corazon del hombre para poder formar su historia.

Por una fatalidad inseparable de nuestra naturaleza, los buenos sentimientos hacen cometer con frecuencia acciones malas: las revueltas políticas manifiestan particularmente esta triste verdad: en ellas los medios de ejecucion amancillan los designios mas nobles. Toda insurreccion se contamina de errores, que al fin se confunden, se pierden y desaparecen entre el inmenso conjunto de los acontecimientos políticos. Nuestros primeros patriotas, avasallados por aquella fatalidad, cayeron en faltas inevitables; pero otros hechos suyos fueron de tal condicion, que aun sin el prestigio del triunfo bastarian á immortalizar sus nombres; porque el carácter de las grandes acciones debe tomarse de los motivos que las determinan, y no de los accidentes, ó del buen ó mal éxito de las empresas. Si España hubiera sucumbido en la guerra contra Napoleon, la fama de esa nacion heroica pasaria sin embargo gloriosa á la posteridad; así como se trasmirá con elogio la esforzada, aunque inútil resistencia de los desventurados polacos, contra la tiranía de sus dominadores.

Sin meditacion y sin estudio me encuentro en una posicion feliz. Al comenzar este discurso me abrumaba la dificultad de llenar debidamente mi intento, y en este instante lo juzgo de fácil desempeño: sí señores; mi fin era probaros que los hombres que acaudillaron el movimiento de insurreccion en setiembre de 1810, y los que lo sostuvieron hasta setiembre de 1821, fueron grandes y heroicos; y ese designio es ya tan obvio, que cada uno de vosotros allá dentro de sí puede medir los esfuerzos y los merecimientos de aquellos esclarecidos patriotas por el tamaño de la empresa. ¿Quién de entre los que me oyen ignora cuáles eran el poder y la fuerza del régimen vi-reinal? ¿Quién desconoce los abundantes recursos de una administracion de tres siglos, apoyada en las habitudes de la educacion, sostenida por las ilusiones del respeto, y rodeada de todos los prestigios?

Estas fundadas reflexiones debieron ocurrir, é inspirar desaliento á los fuertes varones que intentaban derribar al gobierno de los vireyes, y sustituirlo con otro nacional; y sin embar-

go, las dificultades no los arredran, los peligros no los asustan, á todo se aventuran, á todo se resignan; y sin vacilar se colocan entre la victoria y el patíbulo. Si Roma tuvo sus Curcios celebrados, que por un fanatismo religioso le sacrificaron su existencia; México puede gloriarse de haber producido ilustres ciudadanos, que sin mas preocupacion que el ardiente amor por la libertad, se entregaron á una muerte indefectible; pero la de los héroes, inmolados en las revoluciones, jamas es un suceso estéril: ella deja tras de sí el gérmen fecundo de innumerables simpatías: la sangre de un patriota deramada por el verdugo sobre el cadalso que erige la política, es un nuevo estandarte que se levanta, y que reúne á su derredor á todo hombre que tiene honor, que ama á su patria, y que posee un corazon bien formado.

MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA, párroco del pueblo de Los Dolores, y hombre dotado de una de aquellas vigorosas inteligencias que trastornan los imperios, fué de los primeros que concibieron el vasto designio de redimir á su patria de la servidumbre colonial: para realizar ese atrevido pensamiento, resultado de meditaciones profundas, convenia esperar alguna oportunidad propicia, y saber aprovecharla; porque los grandes acontecimientos políticos no derivan exclusivamente de los acuerdos fortuitos de los individuos, sino tambien del necesario encadenamiento de las cosas: así fué que Hidalgo aguardó cuerdamente la ocasion favorable, y esta la proporcionó el natural desconcierto en que cayó la España despues de la invasion de las tropas francesas. Entregada la Península á una anarquía desecha, parecia llegado el momento de utilizar la coyuntura; mas para dar ese paso, la prudencia aconsejaba preparar de antemano las correspondencias de una amplia combinacion: pero ántes de que el plan estuviera sazonado, se divulgó el secreto, que nunca pudiera estar guardado entre el crecido número de personas que por precision debían saberlo. Este lance crítico manifestó lo que valia el héroe de Los Dolores. A las once de la noche del 15 de Setiembre de 1810 supo aquel caudillo que la conspiracion esta-

ba descubierta; y sin detenerse, como Jérges al frente del Helesponto; sin titubear, como el conquistador de las Gaulas al pasar el Rubicón, en la misma hora proclamó la independencia, y al siguiente día se lanzó entre los azares y los peligros inherentes á la ejecucion del osado proyecto. ¡Señores! la simple relacion de este suceso, ¿no os presenta sin equívoco la pintura mas cabal y característica de la alma fuerte y resuelta de este varon insigne?

Entablada la lucha desde aquel día memorable, mil y mil valientes se alzaron por todas partes para conquistar nuestros derechos conculcados: los primeros caudillos á los pocos meses murieron fusilados, pero dejando ya dignos sucesores que defendieran la causa sacrosanta. La guerra entonces, cual incendio voraz, se difundió por toda la estension de nuestro suelo: los poblados y los desiertos, los montes y los llanos se convirtieron en campos de batalla: la alternativa de los sucesos siempre fué desigual: por largos tiempos la muerte y el esterminio fueron la sola recompensa del zelo de los patriotas: sin armas y sin disciplina, razon habia para que en los encuentros frecuentemente llevaran la peor parte; pero el ínclito valor de aquellos hombres decididos, equilibraba todas las desventajas, y su heroica constancia suspendió mas de una vez el adverso fallo del destino.

José Maria Morelos, por ejemplo, fué el tipo de ese valor y de esa constancia; sin otros recursos que su genio se enseñoreó de las costas del Sur, y levantó en poco tiempo un pequeño ejército, que después de haber triunfado en Tixtla, en la Palizada y en el Veladero, abatió en Cuautla el orgullo del general Calleja, é hizo estremecer al gobierno de México. Morelos á los cinco años de proezas y de desastres, sufrió los efectos de la emulacion de sus compañeros de armas, quedando prisionero el 5 de noviembre de 1815 en la malhadada accion de Tescmalaca. Yo fuí testigo de la prision de ese hombre extraordinario, y aseguro que nunca vi una alma mas serena en el peligro, ni mas estoica en la desgracia: á la prision muy luego siguió la muerte, y ella fué resignada y gloriosa.

Vicente Guerrero se presenta naturalmente después del primer caudillo del Sur: ese general heredó la constancia de Morelos; y á merced de las fragosidades de las montañas del Sur de México y de Michoacán, permaneció único sostenedor de la independencia hasta la declaracion del hombre de Iguala. Entonces Guerrero ejecutó la accion mas bella de su vida, poniendo á disposicion del nuevo Adalid sus recursos, su persona, su honor y su gloria: ¡y ese general ilustre terminó su carrera en un suplicio. . . .! Y á ese suplicio lo condenaron sus mismos compatriotas. . . .! ¡Conciudadanos! olvidaba que no debo en este día desenvolver delante de vosotros la ensangrentada túnica de César.

En seguida de estos tres Alcides de la independencia se ofrecen á mi memoria multitud de esforzados campeones que sacrificaron su existencia en las aras de la patria: á mí no me es posible hablar en este corto rato de todos esos hombres hazañosos; la historia les tributará el homenaje que les es debido. Por otra parte, un discurso encomiástico está circunscripto á límites demasiado estrechos para poder contar mil acciones laudables que me son conocidas: otras quedarán en el olvido por falta de testigos que nos las hayan transmitido: algunas igualmente meritorias serán ignoradas por la osecuridad de las personas que las ejecutaron: y muchas, en fin, no se mencionarán, confundidas entre el cúmulo de hazañas propias de los pueblos que pelean por su independencia y por su libertad. México puede sin rubor presentar al juicio de las generaciones venideras, la conducta patriótica de sus hijos predilectos, porque en ella la crítica mas severa nada encontrará que no sea digno de compararse con los hechos heroicos de los hombres ilustres de Plutarco.

¡Conciudadanos! Al recordar los servicios distinguidos de los patriotas beneméritos, cuya memoria honramos hoy, y al ver los retratos de algunos de ellos, forzoso es exclamar con Polibio: *¡Quién al percibir las imágenes de los hombres que por sus virtudes se han hecho célebres para siempre, no se siente vivamente arrastrado hácia la gloria, y mas cuando esas imágenes*

nes se le presentan á la vista como dotadas de respiracion y de vida? ¡Hay en el mundo espectáculo mas bello?

Viven aun entre nosotros algunos varones eminentes, restos venerables de los patriarcas de la independencia; yo nada diré de ellos, ya porque mi designio no es encomiar á los vivos, ya porque en mi opinion la alabanza es el escollo de la virtud: si esos personajes concluyeren su carrera sin desmentir sus obras primitivas, la posteridad les hará el elogio que les corresponde. *Suum cuique decus posteritas rependit.*

A los once años de choques sangrientos y de resistencias sobrehumanas, aparecia perdida la noble causa de la independencia; mas no fue así; porque como dice el elocuente Guizot. *En todos los grandes acontecimientos, ¡cuántos esfuerzos desconocidos y desgraciados anteceden al esfuerzo que corona la obra! La Providencia para cumplir sus designios, prodiga el valor, las virtudes, los sacrificios, al hombre mismo; y solo despues de un número incógnito de trabajos ignorados, ó desconocidos en apariencia; despues que una multitud de corazones generosos han sucumbido en el desaliento, convencidos de que su causa está perdida, es cuando la causa triunfa.* La de México triunfó al fin, y triunfó estando la nacion fatigada de la lucha tenaz y espuesta á recibir de nuevo el yugo: la fortuna en aquellos momentos nos vió con ojos de piedad: los españoles con los esfuerzos que hacian en la Península por conseguir la libertad facilitaron la victoria á los que de esta parte del oceano peleaban por lograr la independencia. La revolucion de España, acaecida en 1820, sacó á los mexicanos del marasmo en que habian caido; y entonces la nacion amaestrada por la adversidad, desprendida de ciertas preocupaciones, y reunida en una sola masa, dijo: *Soy soberana*; y lo fué al punto. Ese gran suceso, rematado el 27 de setiembre de 1821, resolvió el primero de los dos problemas políticos de mayor interes para nosotros: la independencia.

La solucion del segundo problema quedó pendiente, y aun lo está todavia. *Ser libres, ó no serlo*; he aquí la cuestion que nos agita despues de veintiun años. La conquista de la in-

dependencia costó once de calamidades y de sacrificios: la conquista de la libertad nos cuesta ya casi doble tiempo de debates porfiados, de discordias civiles, y de choques á mano armada. ¡Será posible que por una fatalidad sin ejemplo, el pueblo mas dócil de la tierra, dueño del suelo mas privilegiado, y poseedor de cuantos elementos engrandecen á las naciones, esté condenado de por vida á la miseria, al infortunio, y al vilipendio? ¡Ah! no, mil veces no: las leyes del mundo moral repugnan semejante anomalía: nuestras desgracias son facticias y transitorias, y nuestro estado de incertidumbre no es peculiar de los mexicanos.

Del último medio siglo á esta parte una grande ansiedad preocupa al género humano. El anhelo de mejora se ha vuelto una necesidad de la especie. Los adelantos en las ciencias, en las artes, en el mecanismo de la vida, y en los poderosos medios de progreso que los hombres han adquirido por una série dilatada de investigaciones, les hacen desear, y con razon, una nueva manera de existir. El conato por la felicidad fué siempre propension de nuestro ser; y ese conato, sofocado ó reprimido por la tiranía de los gobiernos, hoy se desarrolla irresistiblemente. Saber dirigir con tino esos impulsos será saber constituir y gobernar á los hombres.

Si consultamos á la razon y á la esperiencia nos dirán, que al ascender los pueblos por la escala de la civilizacion, constantemente aspiran á conformar su ser político con los acontecimientos que han adquirido: de ahí nacen las tendencias del siglo hácia la libertad, y los deseos del progreso indefinido hácia la perfeccion social. En nuestra edad las naciones cultas han adoptado por sistema el régimen representativo, y por divisa *marchar para adelante sin pararse ni retroceder*, y el contrariar tales propensiones, será estrellarse contra las invencibles resistencias de la opinion: el modo mas acertado de regir á los hombres de la época, consiste en no embarazar sus acciones cuando ellas derivan de intereses racionales que no pugnan con los de la comunidad, ni chocan con las leyes establecidas.

Si examinamos en la historia la conducta de las sociedades antiguas, nada encontraremos comparable con la marcha de las sociedades modernas. Los hombres de antes alimentados de ilusiones, envilecidos por el despotismo, y esclavizados por la superstición, encerraron su existencia política dentro de un círculo estrecho en el que permanecieron inertes innumerables años: los hombres de ahora, nacidos en un siglo de realidades, ennoblecidos por la libertad, y emancipados por la filosofía, se afanan, se agitan, y lo emprenden todo para procurarse el bienestar social; siendo esos conatos por mejorar de situación la causa que ha producido las últimas revoluciones en Europa y la que mantiene entre los hispano-americanos esa inquietud febril, que no se calmará hasta que se constituyan de una manera que cuadre con sus intereses, y que satisfaga sus necesidades.

Aplicada esta teoría á nuestra situación particular, se comprenderá la injusticia de los que atribuyen nuestro desconcierto á defectos característicos, ó á vicios heredados de nuestros padres. Esos detractores, severos por zelo ó por envidia, se olvidan del precio á que las naciones antes esclavas y hoy libres en la Europa, compraron la libertad. Largos años de anarquía padeció la Inglaterra antes de acomodar sus instituciones al carácter nacional. La Francia ganó su actual prosperidad á costa de sacrificios inauditos. La España va en pos de la libertad desde 1808 y aun no logra afianzarla. La existencia política del Portugal es anómala. La situación de la mayor parte de los estados de Italia no es envidiable; pero desentendiéndose de estos hechos se nos zahiere, y beja, ¡y por qué? ¡cosa rara! por encontrarnos envueltos en calamidades que todas las naciones han experimentado, cuando la suerte las colocó en circunstancias análogas.

¡Compatriotas! á nuestra actual generación le tocó existir en el tiempo de la prueba; nuestros nietos disfrutarán de beneficios que nosotros solo podemos vislumbrar: ¡vislumbrar! he dicho mal: México, sin duda ocupará un lugar distinguido entre las naciones de primer orden: su influencia sobre los

destinos de la América será prodigiosa; y todo su porvenir, considerados los elementos que posee, es ya á los ojos del hombre reflexivo tan sorprendente cuanto magnífico. Este lisonjero vaticinio se cumplirá á pesar de los embarazos que oponga la ignorancia, ó de las intenciones que fragüe la malicia; y aun podría apresurarse la realidad del pronóstico si el movimiento regenerativo de la nación se ejecutara conforme al programa propuesto y ajustándolo á la verdadera opinión pública.

Esa opinión, en medio de las revoluciones, jamás se ha estraviado entre los mexicanos: ellos repetidas veces han dado pruebas de un tacto esquisito para juzgar de las diversas crisis que han sufrido. Ellos conocen que la América española desde su independencia, solo ha representado una ridícula parodia de libertad. Ellos no ignoran que la raza hispano-americana debe subordinarse al movimiento universal que conmueve á las sociedades. Ellos preven que esa raza está llamada por su misma importancia, á figurar en las grandes escenas del mundo político. Ellos comprenden la necesidad de resistir toda traba que se intente imponer á pueblos ávidos de una existencia desembarazada, y distinta de la humillación colonial en que vivieron: y ellos en fin, palpando las desdichas públicas, han hecho esfuerzos multiplicados por remediarlas: desgraciadamente esos esfuerzos fueron infructuosos, ya porque los gobiernos anteriores nunca se elevaron á la altura de sus deberes y de las circunstancias; ya porque los caudillos de las revoluciones frecuentemente abusaron del poder que el triunfo puso en sus manos.

Prudentes consideraciones sobre lo pasado, hijas de la experiencia y del desengaño hicieron tolerar á la nación por cinco años la ilegal constitución del año de 33, y la administración que aquella estableció: mas reagrándose los males cada día, cansado el sufrimiento, se adhirieron los pueblos al proyecto de regeneración, conocido con el nombre de Acta ó Basas de Tacubaya, y á los Convenios, ó Tratados de la Estanzuela, y esa adhesión, ó conformidad del voto público, terminó la revolución comenzada en Jalisco.

La nacion, al adoptar el programa que se le propuso, celebró un tácito concierto con los autores de las Basas y de los Tratados, descansando en la palabra de honor de los personajes que garantizaron su cumplimiento. De tal acto ó aquiescencia nacional dimanan la validacion y respetabilidad de las referidas Basas, que ínterin dure la especie de *interregno* en que nos encontramos, deben ser sagradas, inviolables. En efecto, esas Basas y esos Tratados son la Arca de nuestra alianza, son nuestro pacto político provisional; inalterable por su misma naturaleza, y de ningun modo sujeto á interpretaciones ni glosa.

Dicho pacto produjo los actuales poderes legislativo y ejecutivo; encargado el primero de formar, segun su conciencia, el código de leyes fundamentales; y el segundo, de hacer el bien y felicidad públicos. Los legisladores, ocupados de los primordiales intereses de todo un pueblo, deben engrandecerse con las circunstancias; el gobierno, encomendado del bienestar de la nacion, debe consagrarse esclusivamente á su servicio. ¡Augusto y sagrado es el vínculo que estrecha á los diputados! ¡Grave y tremenda la responsabilidad del ejecutivo! y sin embargo de lo árduo y laborioso del intento, él es factible; porque á una voluntad recta y á una perseverancia sólida nada se dificulta.

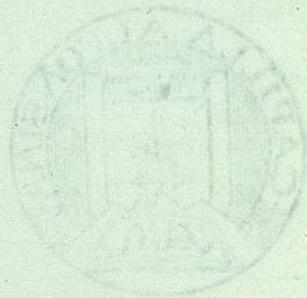
¡Mexicanos que me escuchais! permitidme que en este dia dedicado á una solemnidad patriótica, recuerde á nuestros legisladores la gloria que como tales merecieron Confucio, Solon y Numa; y que haga presente al gobierno el juramento otorgado por Casio y por Bruto delante de la estatua de Pompeyo. Ese juramento, señores, comprende todo lo grande, todo lo sublime de que es capaz el corazon de un republicano. Aquellos dos ilustres romanos, últimos merecedores de tal título, ántes de libertar á su patria de la tiranía que la amenazaba, juraron *hacerlo todo en obsequio de Roma, y jamas nada en beneficio de ellos* (*). Ese heroico ejemplo merece imitar-

(*) Nous promettons, Pompée, à très sacrés genoux,
De faire tout pour Rome, et jamais rien pour nous.

se; y yo al proponer tales modelos, no hago otra cosa que señalar á nuestros hombres de estado el camino que conduce á la inmortalidad.

Por último, los pueblos aguardan el cumplimiento de las promesas que se les han hecho: sus esperanzas reposan en el saber, esperiencia y circunspeccion de sus mandatarios, y en el honor y lealtad del gefe supremo del ejecutivo y de sus agentes: si unos y otros desempeñaren fielmente las obligaciones que han contraido, los mexicanos justos, magnánimos y generosos, sabrán recompensar sus servicios, agradeciéndolos; así como en el aniversario de hoy saben honrar la memoria de los varones famosos que los redimieron de la servidumbre colonial. En el caso contrario, que ni presumible es, la nacion y la posteridad condenarán los nombres de los hijos espurios de la patria á perdurable maldicion. *Suum cuique.*





Fragment of a label or page edge, partially visible on the right side of the dark cover.